

PEDRO VOLTES BOU

## LOS ARCHIVOS NACIONALES DE PARÍS

Es cada día más frecuente — por lo necesario y por lo fácil, a la vez — que se continúe en un archivo extranjero cualquier investigación comenzada en uno de los nuestros, porque apenas habrá provincia de la Historia que pueda recorrerse completa dentro del ámbito de los archivos de un sólo país. Por esta razón hemos creído que podría interesar a algunos estudiosos un somero bosquejo de la génesis y estructura de los Archivos Nacionales de París. En él utilizaremos, en mucho mayor medida que nuestros propios recuerdos y observaciones, las noticias que en el curso de los años nos han ido proporcionando sus beneméritos conservadores, y de modo muy especial las que acaba de transmitirnos — para actualizar y puntualizar nuestras notas — M. André Chamson, actual director general de los Archivos de Francia. Agradecemos al ilustre miembro de la Academia Francesa la gentileza con que ha repasado y mejorado nuestro borrador, infundiéndole al propio tiempo la autoridad que resulta de su beneplácito.

En el siglo XVII se constituyeron en Francia los grandes depósitos documentales de Hacienda, Guerra, Marina, Asuntos Extranjeros, etc., pero no había aún archivos del Estado propiamente dichos, y los ministros, embajadores y otros personajes tenían tendencia a considerar los papeles de sus cargos como bienes personales que debían pasar a su familia. En el siglo XVI empezó a concebirse el interés de los documentos para la ciencia histórica, y la escuela benedictina, la primera escuela histórica francesa, emprendió sus trabajos. Los monasterios de la congregación de Saint-Maur contenían tesoros incontables de documentos. Pero esos archivos eran tenidos a menudo secretos y no se abrían más que muy moderadamente, incluso para los mismos benedictinos.

En el siglo XVIII, el interventor general de Hacienda, Machault, trató de centralizar la copia de documentos inéditos en Francia y en el extranjero y creó con este fin una oficina de eruditos y de copistas. El trabajo duró más de treinta años, pero no dio los resultados que se esperaban, tan

considerable era la masa de los materiales. En vísperas de la Revolución, se evaluaba en diez mil el número de depósitos archivísticos de Francia. En la Asamblea Constituyente se decidió garantizar la conservación de esos archivos (29 de julio de 1789). El 4 de agosto dicha Asamblea escogió como archivero al abogado del Parlamento y diputado de París, Camus. Era un erudito probo, íntegro, rígido, y jansenista. Sus trabajos históricos le habían merecido ser nombrado por el rey miembro de la Academia de Inscripciones. El 12 de setiembre de 1790, una ley definía la organización del depósito, que tomaría el nombre de Archivos Nacionales, pero no se refería más que a los Archivos de la Asamblea. El 7 de mesidor del año II (25 de junio de 1794), la Convención promulgó la ley que fundaba de hecho los Archivos Nacionales, ordenando la creación de una agencia temporal encargada de destruir todos los documentos que "llevaran la marca vergonzosa de la servidumbre" y de guardar los que presentaran interés histórico. Un despacho de nueve miembros dirigidos por Camus fue encargado de esta tarea delicada y contradictoria. Su trabajo tenía que haber terminado en seis meses. Al cabo de seis años aún no lo estaba. A pesar de Camus, los miembros del despacho se ocupaban mucho más de inventarios y de análisis que de la elección y de las destrucciones.

El 8 de pradial del año VIII (28 de mayo de 1800), un decreto desligó del Cuerpo legislativo el depósito de los archivos. Otro decreto del 1 de pluvioso del año IX (21 de enero de 1801) suprimió el despacho de selección, "trriage", y, el 1 de brumario del año X (23 de octubre de 1801), una parte de sus miembros entró en los Archivos Nacionales. Allí formaron la oficina de monumentos históricos que más tarde se llamaría Sección histórica.

Daunou sucedió a Camus, muerto en 1804. Instaló el depósito de los Archivos Nacionales en el Hôtel-Soubise (6 de marzo de 1808) y decidió las generalidades de la clasificación. El trabajo resultaba aplastante: por razones políticas y fiscales, Napoleón había decidido concentrar en París todos los archivos políticos de Europa. De Viena, de Simancas, llegaron los archivos de los países vencidos. En 1811, Daunou fue a buscar los del Vaticano y se los llevó en pesados carros arrastrados por cuatro mulos y seis bueyes, escoltados por gendarmes. Tuvo que amontonar los documentos en los sótanos, altillos, corredores, galerías de los patios, construir cobertizos, alquilar una casa vecina. La marea de documentos aumentaba sin cesar. Napoleón había ordenado la construcción de un Palacio de Archivos, que se empezaba a erigir al borde del Sena. Su caída puso fin a ese aspecto de sus conquistas, y los diversos países reclamaron sus archivos. Se les devolvieron. El viaje de ida y vuelta del Vaticano había costado a Francia más de un millón doscientos mil francos de la época.

En el curso del siglo XIX y de la primera mitad del XX, los Archivos

Nacionales no cesaron de crecer, haciendo frente a la afluencia de los documentos. Mientras que se evaluaba su estantería, "rayonnage", en veinticinco kilómetros en tiempo de Michelet, hoy se calcula que asciende a doscientos cincuenta.

Bajo el impulso de León de Laborde, fueron emprendidos, en el siglo XIX, los grandes inventarios que aún existen, como guía que permite orientarse en aquel tupido bosque. Los archiveros están encargados de continuarlos todos los días.

La sección antigua comprende documentos que van del siglo VII a 1790, pero esta frontera es arbitraria, ya que los papeles de algunos ministerios, como el de Marina — y especialmente los de los consulados, que dependían de Marina en el "ancien régime" —, están depositados en esta misma sección. De manera general, se puede decir que toda la historia antigua de Francia bajo el antiguo régimen se encuentra contenida en esos registros. No se trata de pasar revista de las series en que están clasificados. Contentémonos con algunos ejemplos. La historia política consta en la serie J (Trésor des Chartes) y las series K (Monuments historiques), E (Conseil du Roi) y OI (Maison du Roi); la historia administrativa, en la serie G, consagrada a la antigua administración financiera (Régie des Aides, des Domaines, etc.), y la serie P (Chambre des Comptes de Paris); la historia eclesiástica, en las series L y S, que contienen los papeles de obispados, abadías, etc.; la serie TT, los de los asuntos de protestantes, etc. Mencionemos al acaso algunos documentos: uno sobre papiro de 627 (es el más antiguo de los Archivos Nacionales), por el cual el rey Clotario II, padre de Dagoberto, confirma el testamento del comerciante Juan, en favor de la abadía de Saint-Denis; el Edicto de Nantes, las cartas de Voltaire, el testamento de Marivaux, etc. No olvidemos los archivos judiciales (series X e Y).

La sección moderna comprende, en primer lugar, los documentos provenientes de la época revolucionaria (leyes y decretos entregados por las Asambleas de la Revolución, elecciones, votos y actas de las Asambleas y del Senado Conservador, Comités y Tribunales revolucionarios, etc.), y se enriquece constantemente con las entregas que le hacen las diversas administraciones. En 1807, Daunou reclamaba que "todo lo que dejaba de ser instrumento de administración y se hacía monumento" fuese entregado a los Archivos Nacionales. A pesar de los decretos de 1855, 1887, 1898 y 1936 (el artículo 1.º de éste declaraba: "Los legajos, registros y piezas concernientes a los asuntos tratados por las administraciones, servicios y establecimientos del Estado, sea en París, sea en los departamentos, serán obligatoriamente entregados en París a los Archivos Nacionales, y al jefe de cada departamento en los Archivos Departamentales"), esas entregas distan de haber sido hechas con regularidad. Hay que lamentar pérdidas

graves desde el punto de vista histórico: en el período que se extiende de 1830 a 1870 no se posee ningún documento de policía, los documentos relativos a la conquista de Argelia fueron destruidos en el ministerio del Interior, etc.

Sería largo y engorroso enumerar las entregas que en el curso del siglo XIX han sido efectuadas a la sección moderna de los Archivos Nacionales por parte de los ministerios del Interior, de Agricultura, de Comercio, de Justicia, de Obras Públicas, de Educación Nacional, etc. Se las encontrará repartidas en las diferentes divisiones de la serie F. Los documentos de la época revolucionaria, los de la Secretaría imperial, y fondos diversos, como los de la Dirección de los ferrocarriles del Este, de la Alta Comisión interaliada de Renania, etc., constituyen la base de la historia de Francia ulterior a 1789.

A la sección moderna se añade la sección contemporánea, dirigida por un conservador-jefe. A raíz de la liberación de París, la dirección de los Archivos de Francia instó la firma, en 29 de agosto de 1944, de un decreto que tenía por fin asegurar la protección y la clasificación de los papeles abandonados por los alemanes. No se logró sin muchas dificultades de toda especie, debido a las destrucciones ya operadas y el traspapelamiento consiguiente. Señalemos, entre otros, los papeles de los servicios administrativos y Consejo nacional de Vichy, de la Dirección de los servicios del armisticio, de la Comisión francesa de Wiesbaden, gabinete de Abel Bonnard, proceso de Riom, Delegación general de las relaciones económicas francoalemanas, Comisariado de asuntos judíos, los *dossiers* llamados "du Majestic", los archivos del gobierno militar alemán de Bélgica, y del norte de Francia, etc., y, recientemente, los documentos, ficheros y discos del Tribunal militar internacional y del Tribunal norteamericano de Nuremberg. El trabajo, que está lejos de terminar, continúa, en relación estrecha con la Comisión de historia de la ocupación y de la liberación de Francia y el Comité de historia de la guerra.

Los documentos oficiales provenientes de las administraciones pasadas y actuales de Francia no constituyen todas las fuentes históricas. Se sabe que los papeles de Vergennes, de Maupeou, de Maurepas y de Talleyrand reposan en los archivos de familia, y por ello se comprende el interés que tiene la prospección de los archivos privados. Por otra parte, el desarrollo de la historia económica tiende a emparejarla con la historia política, la de las instituciones, la de las ideas. Esta nueva concepción, que penetra poco a poco en los estudios históricos, ha atraído la atención de los historiadores y de los archiveros sobre una masa de documentos que se habían tenido hasta ahora como de menor cuantía. En los años últimos entraron en los Archivos Nacionales los de la "Régie Renault".

La creación de la subsección de Archivos Económicos y Privados y de

los comités de salvaguardia tiene por finalidad asegurar la prospección y la conservación de los documentos pertenecientes a familias o establecimientos comerciales e industriales: ferrocarriles, bancas, minas, fábricas, almacenes, etc.

La colección de sellos de los Archivos Nacionales es una de las más bellas del mundo: 20.000 sellos originales y 80.000 improntas, en conjunto.

Por otra parte, los Archivos Nacionales cuentan con noventa millones de minutas (veinte kilómetros de estantería), que suponen la aportación de los notarios del departamento del Sena desde 1928. Hojeando el catálogo de la exposición de diciembre de 1948, vigésimo aniversario de su fundación, se observa que aparece en tal fondo la cesión por Ronsard, a un librero de París, de los cuatro primeros libros de las *Odas* para imprimirlos durante seis años; los contratos entre los artistas y sus clientes; en lo que concierne a la historia económica y social, las minutas de notario son de riqueza inextinguible y permitirán, sin duda, precisar y renovar enteramente ciertas cuestiones. Vemos también allí fundarse las grandes sociedades capitalistas, crearse nuevas formas de riqueza, evolucionar a través de los siglos las relaciones fundadas sobre el trabajo.

Cierto número de documentos de los Archivos presentan interés positivo para el público no especialista: Juana de Arco, Luis XIV, María Antonieta, Napoleón, son personajes de viva trascendencia emocional. Se ha pensado, pues, que estos documentos debían ser expuestos al público, mientras que la sala de trabajo quedaba reservada a los investigadores y a los eruditos.

El Museo de los Archivos Nacionales fue abierto en el Hôtel-Soubise en 1867. Después ha sido reorganizado en varias etapas, esforzándose en exponer la historia de Francia según grandes rasgos y documentos hábilmente escogidos.

El Museo de los Archivos era, con todo, un museo muerto. Gracias a los sucesivos conservadores que lo han tenido a su cargo se ha convertido en un museo viviente, según los métodos más recientes. Se trata de enseñar al público, y particularmente a los niños y a los estudiantes, de dónde viene la historia, cómo se nos ha transmitido, cómo se establece, de qué manera se pueden y se deben utilizar los documentos, creando una escuela activa de ciencia histórica que despertará, quizá, jóvenes vocaciones de historiadores.

El Museo no presenta documentos relativos a la historia nacional de Francia de fecha ulterior a 1815, aunque se piensa ampliar este ámbito hasta la actualidad. En el ínterin se desarrollan exposiciones diversas, que muestran documentos contemporáneos.

Desde hace algunos años se dedica una dotación considerable a la compra de documentos que vengan a completar los fondos procedentes de la

administración o de las entidades privadas. En 1957 contemplamos una rica exposición de las adquisiciones efectuadas hasta entonces, y se preparaba otra en la que se exhibirían los resultados de esta tarea de investigación y adquisición.

En 1949 se instalaron en los Archivos Nacionales los servicios de microfilm, que han cuidado desde entonces de reproducir los documentos más señalados y situarlos en depósitos especiales fuera de París, para redoblar las garantías de su conservación. Cada año se obtienen, por término medio, unas 550.000 tomas de microfilm. Este servicio, junto con los ya citados, que cuidan especialmente de la búsqueda, adquisición y conservación de documentos de carácter privado, industrial, etc., está estructurado en el nuevo "Département des activités culturelles, scientifiques et techniques".

En 1964 fue inaugurada una nueva sala donde se reúnen los inventarios, repertorios y ficheros. Funciona también desde hace algunos años el "Service des Stages", que organiza anualmente un "stage" técnico internacional de archiveros que deseen familiarizarse con las técnicas francesas.

Una oficina de información, que está abierta desde las diez hasta las doce de la mañana y de las dos a las cinco de la tarde, recibe a los lectores que por primera vez vienen a trabajar en los Archivos Nacionales. Las formalidades de inscripción son sencillas, más sencillas que en una biblioteca de conservación. Los Archivos están abiertos a todos. Basta ser francés, o estar presentado por la propia embajada si se es extranjero. De manera general, el público está compuesto de profesores y de estudiantes. Si la petición de informaciones ha sido hecha por correspondencia o exige estudios algo delicados, es transmitida a los archiveros de la casa. Sus respuestas son elaboradas rápidamente.

La sala pública, atendida por un archivero, está abierta desde las diez de la mañana a las seis de la tarde sin interrupción. Se ha pensado que para muchos profesores o estudiantes era útil trabajar durante las horas del mediodía. A las investigaciones privadas se añaden las peticiones de diferentes ministerios, cuyas documentaciones pasaron a los Archivos Nacionales, los cuales funcionan entonces como centro de documentación administrativa.

El desarrollo de los Archivos de Francia ha experimentado en los últimos años un redoblamiento manifiesto, merced al celo y la eficacia de los dos directores más recientes: M. Charles Braibant (1948-1959) y su sucesor M. André Chamson, de la Academia Francesa. No sólo han infundido, por toda suerte de caminos, enorme resonancia pública a la institución archivística, otorgándole popularidad y simpatía insólitas, sino que han obtenido del gobierno que la dotación económica de la misma se multiplicase considerablemente, en términos tales que ha sido posible hacer

frente a los dos apremios más graves que se padecían: la necesidad de instalar la afluencia abrumadora de nuevos documentos y la de adaptar la institución a las técnicas contemporáneas.

En el momento presente trabajan en los Archivos Nacionales y en los depósitos de los departamentos 205 conservadores-jefes y conservadores de archivos, en cuyo contingente predomina la juventud, y, con ella, unas dotes de entusiasmo, iniciativa y dinamismo que multiplican su eficacia.

En el número CX, correspondiente a 1952, de la "Bibliothèque de l'École des Chartes" (págs. 154-209) se publicó el trabajo de Michel François *État sommaire des documents entrés aux Archives Nationales par des voies extraordinaires (dons, achats, échanges, dépôts) du 1.<sup>er</sup> janvier 1942 au 31 août 1952*. Consta allí que en dicho período entraron en los Archivos Nacionales papeles sobre Rodrigo de Villandrando (años 1411 a 1439), actas notariales de Mallorca (siglos xv-xviii), copias de documentos de Vinçà, en Rosellón (1516-1711), papeles del abogado Manuel Barba, de Villafranca del Panadés, y de Vicente Llorens (años 1705-1808), papeles del departamento napoleónico de Montserrat y microfilms de los documentos de Simancas devueltos en 1941. Con este y otros repertorios se contribuye a actualizar los memorables de don Julián Paz.